

CARTA XVI.

MIEL SOBRE HOJUELAS.

Octubre 30 de 1873.

«Si tienes la costumbre de saber el día de la semana en que vives, no ignorarás que ayer fué martes; y al advertirte esta circunstancia, quiero recordarte que es el martes en que yo tenía preparada mi venganza contra el agente de Bolsa; el martes, primer día de mi desdicha, el día más oscuro y más lóbrego que hasta ahora han visto mis ojos.

Elisa se levantó á su hora de costumbre. La doncella, de suyo bulliciosa y habladora, me pareció más alegre que nunca; la oía hablar y reír con esa espontaneidad con que suelen reír y hablar las personas que no experimentan pesar ninguno, indicio seguro de que no había notado en el semblante de su señora la más leve señal de disgusto, de pesadumbre ó de enojo. Elisa, pues, se había levantado á su hora de costumbre y con su cara de todos los días. La doncella le sirvió el almuerzo en su cuarto.

Á la tarde pidió el coche, y, espléndidamente ataviada, subió en él, y salió al gran trote.

En cambio, yo andaba fugitivo dentro de mi propia casa; sin poderlo remediar, bajaba la cabeza delante de mis criados; no me atrevía á confrontarme con ellos; huía de mirarlos frente á frente. Pasaba de una habitación á otra con el desasosiego del que no se encuentra bien en ninguna parte. Buscaba los rincones más oscuros de los divanes, y allí iba á refugiarme, y cerraba los ojos, porque la luz me hacía ver en sus diversos reflejos manchas violadas y manchas rojas; pero la obscuridad se me aparecía llena de sombras pavorosas: en el fondo de ese abismo, veía surgir la figura insultante de Montenegro, que me miraba con la risa en los labios. Distinguía en su frente el agujero abierto por la bala, y lo veía vaciar en el hueco de la mano la sangre de su herida y arrojármela al rostro. Entonces me levantaba despavorido, abría los ojos, y acudía á la luz y al espejo á examinar mi rostro y mis vestidos, temeroso de encontrar en ellos manchas de sangre. Después de un examen minucioso soltaba una carcajada, la carcajada propia de estos casos: me reía de mis alucinaciones, de mis terrores, de mí mismo.

Comprendí que era preciso un grande esfuerzo de voluntad para dominar el desorden de mis nervios, y me preparé á esta lucha, propinándome un calmante.

No dudarás ni un momento que el desorden es-

taba en mi espíritu, en mi pensamiento, en mi conciencia; pero esas tres cosas casi no existen; ya no se habla más que de nervios.

En realidad, yo no tenía más remedio que matar al hombre que había intentado deshonorarme ó entregar mi honor á la insaciable voracidad de la maledicencia, ó, lo que es más ignominioso, hacerme encubridor de un malvado, resignándome á ser cómplice de su infamia, facilitándole la fuga y librándolo del rigor de la justicia.... ¡Vamos! En mi lugar, cualquiera habría hecho lo mismo. Las circunstancias se han tejido de una manera tan fatal, que no le quedaba á mi honor más recurso que matarle, y lo maté. No sé adónde llevarás la severidad de tu juicio; pero, antes de juzgarme, ponte en mi lugar. Me hallaba metido en un callejón sin salida, y me fué preciso derribarlo para poder pasar; los tribunales lo habrían condenado á cadena perpetua; mi honor, un poco más severo, le condenó á muerte: sin duda no era yo el encargado de ejecutar la sentencia, mas es indudable que la merecía.

Así reflexionaba yo hablando contigo en mi pensamiento, y estas reflexiones comenzaron á calmar las inquietudes de mi conciencia. Además, era preciso hacer frente á las miradas del mundo y encerrar este secreto en la sepultura de mi memoria. ¡Qué quieres! Por una reacción misteriosa de mi espíritu, en vez de atribulado, empezaba á estar satisfecho. No profeso á Elisa estimación ninguna; siento hacia ella un desprecio indecible, y

me complacía considerando el efecto que ha debido causar en su ánimo la sangrienta escena que puse ante sus ojos. Aunque tarde, creo que habrá empezado á comprenderme.

Reanimado por el valor que mi propia situación me inspira, llamé, como ahora decimos, á mi *camarero*, que me ayudó á corregir el desaliño de mi vestido. Nadie diría, al verme, que detrás de la plancha del tiro de pistola había una sepultura abierta por mis propias manos la noche antes. Te confieso mi debilidad: al contemplarme un instante en el espejo, me encontré más erguido que nunca, me parecieron los rasgos de mi fisonomía más enérgicos y más viril toda mi persona.

En esto me anunciaron una visita de confianza, que me esperaba en la galería de cuadros escogidos, donde por lo común recibo á mis amigos íntimos.

No pregunté el nombre del que me esperaba; me era indiferente uno ú otro; he repartido mi estimación tan equitativamente entre mis amigos, que no prefiero á ninguno. Tú, que te pasas la vida midiendo versos, escondido en el rincón de tu pobreza, no entras en el número de estos amigos. Ellos son más ó menos ricos, saben gozar de las delicias de nuestra sociedad y viven en el mundo; pero tú, ¿dónde vives? Más pobre que el último de mis criados, ¿cómo puedes vivir? ¿Vives acaso?... Pues bien, filósofo inexorable: este dichoso millonario tiene la extravagancia de enviarte.

Al entrar en la galería, reconocí al agente de Bolsa de quien ya tienes noticias, y, al verlo, recordé que aquel día era el martes en que lo tenía invitado á comer con nosotros.

—¡Bravo! (exclamé.) No ha olvidado V. que hoy nos pertenece, y lo celebro.

—La memoria (me contestó), es una cualidad indispensable en los hombres de negocios. Además, se sabe que da V. de comer espléndidamente á sus amigos, ofreciéndoles una mesa de la cual se cuentan maravillas; posee V. un cocinero que es una verdadera celebridad, y yo, que me voy aficionando al suculento placer de los platos sublimes, no podía olvidar tan lisonjeras circunstancias.

—Reconozco (añadí) que la cocina de esta casa goza de una reputación que haría la fortuna de cualquier fondista; y, en honor de la verdad, entre las diversas celebridades que nos infestan en estos días, la de Donato es la que encuentro más justa; mas hoy se trata de una comida de íntima confianza: sólo cuatro personas vamos á sentarnos á la mesa, y temo que mi ilustre cocinero se haya creído dispensado de hacer prodigios; tal vez nos presente un *ménu* insignificante.

El agente de Bolsa hizo un signo negativo, diciendo:

—Yo no temo semejante contrariedad, porque, al fin, el insigne Donato debe saber que *Lúculo come en casa de Lúculo*.

Siguiendo esta conversación verdaderamente

apetitosa, mi amigo desenvolvió curiosas teorías acerca del método que debe observarse en la combinación de los manjares, en el uso de los condimentos. Era una especie de hambre, digámoslo así, ilustrada, culta, erudita; un paladar exquisito que posee grandes conocimientos en la materia. Yo contemplaba su cuerpo, algo enflaquecido, y sus mejillas, un tanto demacradas, y parecíame que había más jugos digestivos en su imaginación que en su estómago. Hasta ahora no le he conocido nunca tan decidida afición por los placeres de la mesa, y presumo que los desengaños que Octavia le ha hecho experimentar le han abierto el apetito. Su estómago busca en los deleites del paladar un consuelo á las aflicciones de su corazón, y de esa manera, este hombre, sobrio hasta hoy, ha caído en la última sensualidad en que acaban los pueblos corrompidos. La agonía de las civilizaciones refinadas, condenadas á perecer, se pasa en la mesa: detrás del ruido de los festines y del estrépito de los banquetes, están las catástrofes. La fabulosa prosperidad de *Fornos* significa que aquí todo se hace por comer, y todo se hace comiendo. Tú, infeliz, comerás para vivir; nosotros vivimos para comer. ¡Qué diferencia!....

El coche de Elisa retumbó sobre el entarimado del vestíbulo, y poco después oímos su voz y la de Octavia, que entraban en el salón verde, donde nos reunimos para pasar al comedor. Elisa tomó el brazo del agente de Bolsa, y yo ofrecí el mío á Octavia.

La comida empezó silenciosa; sólo se cruzaron algunas preguntas indiferentes, contestadas por simples monosílabos. La conversación, esa flor caprichosa y espontánea, esa especie de enredadera que brota y se entreteje al calor de la palabra, nos había abandonado por completo: Elisa no tenía nada que decirnos, Octavia comía con la cabeza inclinada sobre el plato, el agente de Bolsa pronunciaba de vez en cuando frases estériles, y yo no sabía qué decir.

De repente, como quien anuda un diálogo interrumpido, el agente prorrumpió en estas palabras:

—Hasta ahora todas las precauciones tomadas por la policía han sido inútiles; se habían adoptado las más escrupulosas precauciones; pero el insigne Montenegro ha sabido Burlarlas: no parece por ninguna parte.

No me hallaba prevenido para esta salida del agente de Bolsa, y sentí en mí el movimiento de la sangre que se agolpa al corazón: debí ponerme sumamente pálido, y apelé al recurso de paladear lentamente una copa de Rhin que tenía delante. Entretanto Elisa se dignó decir:

—He ahí una desaparición que no debe afligirnos demasiado, pues creo que no se ha perdido una gran cosa.

—Sin embargo (replicó Octavia); es lástima que la policía no pueda dar con esa buena alhaja.

—Cualquiera diría (añadió el agente) que se lo ha tragado la tierra.

—Es posible (exclamé yo). La tierra suele proteger algunas veces á los criminales.

—De todas maneras (siguió diciendo el agente), el chasco que se ha llevado lo que llamamos el gran mundo, ha sido completo. El príncipe misterioso, el personaje novelesco, el héroe interesante de tantas historias, el ídolo de la buena sociedad, se ha transformado de la noche á la mañana en expendedor en grande escala de billetes falsificados. Vamos; el gran mundo no debe encontrarse muy satisfecho de su perspicacia.

Elisa dijo:

—No pretendo justificar al mundo; pero no se puede negar el valor de las apariencias, y en estos casos es muy fácil engañarse.

—Yo no me engañé nunca (replicó Octavia con viveza). Desde el primer momento experimenté hacia su persona una repugnancia invencible, y siempre lo tuve por un solemne bribón. En cuanto á su progenie, no vacilé en concederle el honor de ser un gran caballero de industria. El misterio que hacia de su vida me pareció bastante sospechoso; y, ¿qué quieren Vds.?, la resistencia que opuso siempre á retratarse me sugirió la idea de que tenía algo por qué ocultar la cara; para mí era indudable; él hallaba algún peligro en que la fotografía propagara por el mundo los rasgos fríos de su semblante.

Mientras hablaba Octavia, el agente de Bolsa tenía en mí fijos los ojos, dejando ver la sonrisa de

la satisfacción. Elisa se había encerrado en la majestad de un silencio desdeñoso, y yo miraba sin pestañear á Octavia, como se mira un enigma indiscifrable.

Ella movió la cabeza con tristeza y con gracia, y siguió diciendo:

—Esto les parecerá á Vds. increíble; porque, es preciso decirlo, yo he perseguido á Montenegro con mis preferencias, le he hecho el amor...., he querido conquistarlo.... V. sabe esto perfectamente (añadió, dirigiéndose á mí). Nadie tiene de ello más certidumbre, porque es cierto que algunas veces las paredes oyen, sobre todo cuando hay quien escuche detrás de una cortina.

Hablando así, animó su rostro con una sonrisa, en la cual me pareció descubrir un abismo de tristeza: sabía que yo había oído su conversación con Montenegro en el gabinete del *trousseau*.

No puedo negarte que me sentía lleno de asombro; el misterio de su carácter y de su conducta ejercía sobre mi ánimo una atracción extraña.

—Verdaderamente (le dije), todo eso me parece inexplicable.

—¡Oh! (exclamó el agente de Bolsa con aire victorioso.) Todo eso que á V. le parece inexplicable, tiene una explicación sumamente sencilla. Octavia quería confirmar sus sospechas acerca de Montenegro....

—No, no (se apresuró á replicar Octavia); no me había propuesto hacer el papel de agente de

policía; me guiaba un pensamiento más alto, al cual lo he sacrificado todo; porque, en fin, ¿á qué ocultarlo? Yo estoy en berlina; el mundo que me rodea cree que yo soy la víctima de ese solemne chasco: no le falta razón para ello; pues, como dice Elisa, en esta ocasión no se puede desconocer el valor de las apariencias.

Elisa añadió vivamente:

—Eso es indudable.

—¡Un pensamiento más alto!....—exclamó el agente de Bolsa, mirando alternativamente á Octavia y á mí.

—¡Ay, amigo mío! (dijo ella.) Sobre ese punto no se pueden hacer indagaciones....: es mi secreto, secreto que vive escondido en el fondo de mi alma, y ese lugar oculto de mi ser es impenetrable, porque es preciso que lo sea; Dios sólo lo sabe, y yo sola lo guardo.

Tú vives bajo el esplendor de un cielo meridional, y habrás visto muchas veces llover con sol; pues bien: un contraste análogo vi aparecer en el rostro de Octavia al pronunciar las palabras que acabo de copiarte.

Brillaba en su semblante, si me permites decirlo así, el sol de una sonrisa apacible, al mismo tiempo que la sombra de una nube obscurecía el resplandor de sus ojos, y me atrevía á jurar que vi dos lágrimas vacilar en sus párpados.

Esto pasó como un relámpago; mas creo que debió advertirlo el agente de Bolsa, porque, des-

pués de contemplar un momento á Octavia, volvió hacia mí sus ojos con expresión de ansiedad mal disimulada, y luego inclinó la cabeza, bebió un sorbo de *champagne* que aún hervía en la copa, y se quedó pensativo.

Los pómulos de sus mejillas, que se habían sonrosado por el calor de la comida, palidieron, y Octavia, dirigiéndose á él, le dijo :

—No intente V. descifrar el enigma; mas sepa V. que si este secreto pudiera salir de mi corazón, V. sería su único depositario, porque creo que, entre todos, es V. el único hombre que me ha comprendido. Ahora, hablemos de otra cosa.

—¡Oh! Sí, sí (exclamó Elisa). Han dado Vds. á la conversación un giro tan sentimental, que yo, por mi parte, no sé qué hacer, si desternillarme de risa ó deshacerme en lágrimas.

—Tienes razón (añadió Octavia). Alegremos los postres. Ea, señores; dejen Vds. ese aire mediatibundo. Esta es la última vez que nos vemos reunidos alrededor de esta mesa, y no quiero llevarme ningún recuerdo triste de nuestra última comida....

—¡La última vez!—exclamé yo.

—Sin duda (me dijo). Voy á emprender un largo viaje.

—¿Muy largo?....

—¡Ya lo creo! Imagínese V. que me voy nada menos que al otro mundo. No vayan Vds. á creer que me ha ocurrido la idea de morirme, ni que ha

pasado por mi cabeza el proyecto de matarme. Nada de eso. Es que mi madre tiene un hermano en Montevideo; es ya bastante anciano, se halla muy achacoso, no ha querido casarse nunca, y nos llama para que recojamos su último suspiro.

—¿Ya es cosa decidida?—preguntó el agente de Bolsa.

—Decidida (contestó Octavia). Mañana saldremos para Cádiz, donde debemos embarcarnos.

Elisa se volvió á su amiga, y le dijo :

—Desde aquí admiro los grandes espectáculos que la naturaleza ofrece en América; mas es cuestión de gusto, y yo prefiero los encantos de nuestra sociedad. No envidio, pues, tu expedición al Nuevo Mundo; pero, ya te lo he dicho: ese es un viaje que te conviene.

—Á lo menos (añadió Octavia con viveza), hallaré en Montevideo un refugio contra la compasión y la burla que desde hoy debe empezar á perseguirme. Habiendo fracasado tan desastrosamente mis pretensiones acerca de Montenegro, yo nada tengo que hacer aquí.

Observé que Elisa recibió sonriendo las palabras de su amiga, después de haberse mordido los labios.

Nuestra comida había terminado, y pasamos al salón verde, donde nos sirvieron el café.

Las dos amigas nos abandonaron por algunos instantes, al cabo de los que, cubiertas con sus abrigos, vinieron á despedirse de nosotros, porque el coche las esperaba para conducir las al teatro.

Quedámonos solos, y, digámoslo así, frente á frente, el agente de Bolsa y este infeliz mortal. El agente, sumergido en una butaca, y yo, paseándome de un extremo al otro del salón: su inmovilidad descubría el reposo de sus pensamientos, mientras los pasos con que yo cruzaba el salón revelaban la agitación de los míos.

Detúveme delante de él creyéndole dormido; mas sus ojos brillaron ante los míos con un fulgor extraño.

—¿En qué piensa V.?—le pregunté.

—Pienso (me dijo) que los tísicos tenemos en ciertas ocasiones momentos de una lucidez extraordinaria.

—¡Los tísicos!—exclamé sorprendido.

—Eso es, los tísicos (añadió). Es una enfermedad que, al devorar el cuerpo, parece que da más luz al espíritu. Si no padeciera esta dolencia que poco á poco va consumiendo mi vida, no habría descubierto el secreto que acabo de sorprender.

—¡Hola! (exclamé.) ¡Un secreto!...

—Sí...; lo veo con toda claridad.

—Y bien: ¿á qué género pertenece?

—Pertenece al género íntimo.

—¿Soy indiscreto con mis preguntas?

—No,—me contestó.

—Entonces, dígame V.: ¿se trata de alguna intriga política, de alguna cábala financiera, de algún negocio misterioso?...

Miróme fijamente, y me dijo:

—Se trata de un drama.

—Me llena V. de curiosidad.

—Puedo satisfacerla (añadió). No veo inconveniente en que V. lo sepa.

—En ese caso, veamos: ¿qué es lo que ha descubierto?

—He descubierto que es V. el mortal más dichoso de la tierra.

Al oír esta salida del agente de Bolsa, no pude contener una carcajada; mas reflexioné que podía haber en sus palabras una cruel ironía. ¿Habría penetrado su perspicacia en el secreto de mi vida? Me estremecí pensando que detrás de la plancha del tiro de pistola había enterrado un cadáver.

—En verdad (le advertí), no tengo derecho á quejarme de mi suerte: soy rico.

—Además (añadió, haciendo el inventario de mi felicidad), ha obtenido la mano de una mujer cuya belleza es indiscutible; posee V. su corazón, puede satisfacer todos sus deseos, y goza V. la tierna satisfacción de verla brillar en el mundo.

Tosí para quitar á mi voz la aspereza que presentía en ella, y le dije:

—No puedo negar la evidencia de ese conjunto feliz de circunstancias que forman mi dicha; mas, convengamos en que en este caso la tisis no ha tenido que hacer ningún prodigio de adivinación: yo no oculto mi felicidad.

—Algunas veces (me replicó sencillamente), somos felices sin saberlo.

Yo insistí, diciendo:

—En ese caso, que debe ser muy poco frecuente, no es posible incluirme, porque yo sé perfectamente que soy muy dichoso.

El agente recibió mis palabras haciendo un gesto de manifiesta incredulidad, y, levantándose de la butaca en que estaba sentado, puso la mano sobre mi hombro, y me dijo:

—No sé qué hacer con V.: por una parte, lo envidio con todo mi corazón; por otra, lo compadezco con toda mi alma.

La vehemencia con que pronunció estas frases me hizo sospechar que los vapores del café habían exaltado sus nervios algo más de lo conveniente, y me encogí de hombros, sin saber qué contestarle. Entonces me miró fijamente, y prosiguió:

—Es V. demasiado noble para abusar de lo que voy á revelar; lo conozco bastante para estar seguro de que no hará traición á mi confianza. Además, no hay ya tiempo: se ha empeñado en abandonarnos, y no volveremos á verla.

Aquí exhaló el agente un suspiro semejante á un sollozo, añadiendo:

—Debe V. saberlo, para que le devuelva la estimación que sus injustas sospechas le han robado; nadie más que V. debe admirarla, porque V. es el hombre afortunado, el mortal dichoso á quien Octavia ha consagrado el sentimiento más tierno y más puro de su alma.

Semejante revelación conmovió todo mi ser, ha-

ciéndome experimentar una sensación semejante á la de un sacudimiento eléctrico.

—¡Oh! (exclamé.) V. ve visiones; nada hay que confirme tan infundada suposición, á no ser que quiera V. hacerme creer que su conducta con Montenegro ha sido un recurso para disipar mi indiferencia. No, no; eso no es posible. Octavia no ha pensado nunca en mí seriamente.

—V. no la ha comprendido (me dijo con enojo). Su pensamiento ha sido siempre uno: que V. sea dichoso. Hablo con la seguridad de una convicción profunda. Á esa idea hubiera sacrificado ella su honor y su vida. Sin duda se temía á sí misma, y ha querido denigrarse á los ojos del hombre que, sin saberlo, poseía su corazón, para poner á su amor el obstáculo del desprecio; para ese supremo esfuerzo le ha servido Montenegro. ¿No comprende V. la sublimidad de este heroico sacrificio? Octavia posee un alma superior; un alma extraordinaria, de esas que Dios concede á los héroes y á los mártires, cuya grandeza no advierte nunca la vulgaridad del mundo. ¡Ah! (exclamó con voz visiblemente conmovida.) ¿No es una felicidad, no es la felicidad suprema inspirar un sentimiento tan profundo en un corazón tan inmenso?

Hablabá con tal precipitación y con tal viveza, que la respiración fatigada salía de su garganta como un quejido; y al terminar las frases que acabó de copiarle, no hablaba, gemía.

Yo, por mi parte, experimentaba la influencia

de su doloroso entusiasmo, y sentía como un nudo en la garganta.

Fijó en mí la mirada, en la cual relampagueaba un fulgor extraño; los pómulos de sus mejillas aparecían enrojecidos, y sus labios temblaban.

Tosió penosamente, y dijo:

—Ella se va....; yo también me voy....; ninguno de los dos volveremos.

Dicho esto, estrechó mi mano, la oprimió con afectuosa intimidad, y me dejó abandonado al vago tumulto de mis pensamientos.

Jamás hubiera sospechado que en el alma del agente de Bolsa se ocultara una pasión tan profunda. Pero, ¿qué valor debía yo conceder á la revelación que acababa de hacerme? Mi corazón se estremecía siempre que el nombre de Octavia acudía á mis labios. Quería creer en aquella felicidad suprema, que debía ser la suprema desgracia, y buscaba razones para desecharla, al mismo tiempo que me complacía en encontrar indicios que la confirmaran. Á un mismo tiempo, por una doble acción de mi espíritu agitado, me parecía todo aquello absurdo, inverosímil, imposible, y á la vez lo veía claro, palpable, evidente. Quería creerlo y quería ignorarlo, y en el fondo de mi alma se agitaban la alegría de una dicha inesperada y el dolor de una felicidad perdida.

¿Te acuerdas de aquella aparición de Octavia en la alameda de Vistabella? ¿Recuerdas la singular conversación que tuvimos? ¿Tienes presente la

caprichosa manera que tuvimos de salir al encuentro de la concurrencia que volvía de la serenata del lago? Nuestro paseo solitario obtuvo un éxito completo, y no me negarás que á Octavia debí el halago con que en aquella noche me sorprendió Elisa.

Después ha estrechado más y más la intimidad con su antigua compañera de colegio, y las dos amigas han sido hasta hoy inseparables.

Su conducta con Montenegro, ¿te parece aún un misterio?... ¿No vería en él un peligro para su amiga?... ¿No habrá querido interponerse entre ellos para alejarlos? No lo sé; no acierto á ver con claridad en la confusión de mis pensamientos.

Ahora dime tú: ¿Es cierto que he pasado muchas veces junto á mi felicidad sin verla?... ¿La hermosura que resplandece en el rostro de Elisa no me ha dejado descubrir la belleza oculta en el corazón de Octavia?....

Quiero saber hasta dónde llega la profundidad de esta herida; quiero conocer toda la extensión de mi desventura.

Habla; rompe ese obstinado silencio que guardas; no me ocultes tu pensamiento, por cruel que sea. Tengo valor para recibir este último golpe de mi desdicha. Octavia no está ya en Madrid; anoche salió para Cádiz, y yo he tenido bastante dominio sobre mi voluntad para no ir á despedirla. No te pido compasión, sino lealtad. Me encuentro solo en el mundo. Has mirado con desdén mis riquezas,

mi fortuna, mi opulencia, y tú eres el único que puedes estimar mi desgracia. No te llamo porque soy dichoso, sino porque me siento en el fondo de mi corazón el más infeliz de los hombres. Ella se va, y yo no podré ver á Elisa sin recordar á Octavia. Elisa es mi castigo, es mi remordimiento.

Por un vago presentimiento de mi desventura, empecé esta serie de cartas, pidiéndote el pésame; ¿me lo negarás todavía?...

El agente de Bolsa es más dichoso que yo, porque ha sabido descubrirla y comprenderla.»

CARTA XVII.

EL PÉSAME.

Mayo 10 de 1873.

«Veo terminado el relato de tu desventurada historia, y ya no tengo inconveniente en abrirte de par en par mi pensamiento.

Tu situación no es, en verdad, muy lisonjera. No has ganado á Elisa, has perdido á Octavia, y detrás de la plancha del tiro de pistola donde has ejercitado tu destreza, hay enterrado el cadáver de un hombre, cuya vida has arrancado tú con tus propias manos.

Cualquiera que sea la terrible necesidad en que tu honor te haya puesto, tengo por cosa segura que los tribunales de justicia te pedirían estrecha cuenta de ese cadáver sepultado en tu casa, si alguna vez llegaran á descubrirlo.

Ya sé que tu honor te cerraba todos los caminos; comprendo las invencibles dificultades de tu posición en aquellos momentos; el infame ponía tu honra á precio de su fuga; tú tenías una pistola en la mano y la ceguedad de la indignación en los ojos. Confieso que es muy difícil librarse del peligro de semejante situación; mas es el caso que á